

ADRIANA RUBENS

SE
BUSCA

Highlander



A sus veintisiete años, Faith Ryan ha logrado dos de sus sueños: vivir en Manhattan, aunque ello la obligue a compartir un piso de un solo baño con sus tres hermanas, y trabajar en una de las más prestigiosas agencias de *marketing* y publicidad de Nueva York. Bueno, eso último aún no lo ha conseguido del todo. Está a prueba. Y para superarla necesita encontrar un *highlander* para un anuncio de colonia. Uno de esos con los que sueña toda mujer; con voz profunda, mirada intensa y cuerpo de infarto. El problema es que su candidato perfecto es tan tosco y huraño como las Tierras Altas de donde viene, y no quiere ni oír hablar de ser la nueva cara de un perfume masculino.

Malcolm MacLeod busca una segunda oportunidad lejos de Escocia y esta le llega cuando hereda el *pub* de su tío abuelo en Nueva York. El problema es que necesita una inyección de capital para poner el proyecto de sus sueños en marcha. La solución: aceptar la sustanciosa oferta económica de una fanática de *Outlander*, parlanchina, testaruda... y tan atractiva que no consigue mirarla sin pensar en sexo.

Faith cree que es el *highlander* de sus sueños. Pero, cuando averigüe las razones que lo llevaron a huir de su país, ¿seguirá opinando así?

Índice de contenido

Cubierta

Se busca highlander

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

PRÓLOGO

Samuel Ryan siempre quiso tener un hijo varón. Su padre y él estuvieron muy unidos y aspiraba a tener algo parecido con su propio hijo. Jugar en el parque al béisbol, ir a los partidos de los New York Yankees y, tal vez, que formara parte del Departamento de Policía de Nueva York como había ocurrido con las tres últimas generaciones de los Ryan.

En el primer intento no lo consiguió. Karen, su mujer, dio a luz a una preciosa niña a la que llamaron Winter, porque nació el primer día de invierno, en mitad de una de las peores tormentas de nieve que se habían visto en Nueva York.

Por eso esperaba conseguirlo a la segunda. Sin embargo, las cosas se complicaron. Para empezar, Karen tardó cinco años en quedarse otra vez embarazada. Y, cuando por fin lo consiguió, las noticias que recibieron en la primera ecografía no fueron las que esperaban.

—Enhorabuena, van a tener trillizos —anunció la ginecóloga.

—¿Qué ha dicho? —musitó Samuel sin aliento.

—Trillizos —reiteró la mujer con voz pausada. El hombre sintió que se mareaba. Las rodillas le fallaron y tuvo que tumbarse en la camilla con su mujer, que tenía la misma cara de espanto que él.

»Voy a dejarlos unos minutos a solas para que lo asimilen y, cuando vuelva, responderé a todas las preguntas que tengan —propuso la ginecóloga, como si intuyese que estaban demasiado conmocionados para prestar atención a nada de lo que dijese en esos momentos, y salió de la habitación.

Durante el primer minuto, la pareja se mantuvo en silencio, cada uno mirando al frente, sin terminar de creer lo que acababan de descubrir. Después, Samuel alzó la vista y empezó a mirar alrededor con detenimiento.

—¿Qué haces?

—Busco una cámara oculta —admitió en un susurro.

—Lo siento, querido, pero no creo que esto sea una broma —repuso su mujer con una mueca.

Adiós a su última esperanza.

—Pero... pero... ¿cómo ha podido suceder? —farfulló aceptando la verdad al fin.

—Ya te dije que no te tomaras tantas vitaminas —señaló Karen recuperando su habitual humor.

—O tal vez nos hayamos pasado rezando por tu embarazo —repuso Samuel con una mueca—. Dios sabe que el padre Murray va a alardear de que ha conseguido un milagro.

Como descendiente de inmigrantes irlandeses, Samuel era católico. Por suerte, Karen, aunque era de Texas, formaba parte del veintitrés por ciento que profesaban allí esa religión. Así que la pareja, bastante devota, solía ir a misa los domingos a la iglesia de los Santos Inocentes, un bonito templo en Ditmas Park, el barrio de Brooklyn en donde vivían. De hecho, allí fue donde se conocieron, por eso siempre decían que Dios los había unido en todos los sentidos.

—Bueno, deseábamos tener una familia numerosa —comentó Karen, ya que tenían proyectados tener tres o cuatro niños, y él admiró la forma que tenía de ver siempre el lado bueno de las cosas.

—Pero no de golpe —farfulló Samuel, que ya estaba haciendo cálculos mentales de lo que se iban a tener que gastar en pañales.

—Piénsalo de forma positiva: ahora tienes el triple de posibilidades de tener el chico que quieres —señaló mientras le daba unas palmaditas reconfortantes en la pierna.

Samuel le cogió la mano y se la besó. Su mujer siempre encontraba las palabras justas para animarlo. Y estaba en lo cierto, alguno de esos tres bebés podía ser el varón que estaba buscando.

Pasaron los meses en los que rezó, rezó y rezó. Hasta que por fin llegó el día de la verdad: Karen se haría la ecografía en la que podrían saber de qué sexo eran los bebés.

En su mente no dejaba de hacer cálculas.

Si fuesen dos niños y una niña, sería el equilibrio ideal contando a su hija Winter. Dos varones y dos mujeres. La familia perfecta.

En el caso de que naciesen dos niñas y un niño, tendría al chico que deseaba, pero el pobre se las vería con tres hermanas. Estaría en una clara desventaja.

En secreto, prefería que fuesen tres niños. Tres hombres recios que le ayudasen a cuidar de Karen y a proteger a Winter de futuros moscones, pues cada vez estaba más bonita.

Estaba tan ensimismado que tardó en darse cuenta de que la ginecóloga y su mujer lo miraban expectantes.

—Perdón, ¿qué ha dicho?

—Son tres niñas —reiteró la ginecóloga.

Samuel parpadeó.

—¿Tres qué?

—Niñas.

Esa vez sí, cayó al suelo sintiéndose súbitamente debilitado.

Trillizas.

Se puso a llorar.

—Me encanta ver cómo los padres lloran de felicidad — comentó la ginecóloga con una sonrisa satisfecha.

—Uy, sí, está eufórico —musitó Karen, sabedora de los deseos de su marido.

Decidieron llamarlas como las tres virtudes teologales: Faith, Hope y Charity, pues Samuel sabía que necesitaría el apoyo divino para sobrevivir en una casa con cinco mujeres.

Y no se equivocó.

CAPÍTULO 1

Malcolm

Puede que no lo demuestre, pero, en mi interior, la emoción y la expectativa se han anudado en mi estómago provocándome un cosquilleo que hace vibrar todo mi cuerpo.

—Esta calle pertenece al distrito Meatpacking —explica Bruce Campbell, el abogado y albacea de mi tío abuelo, mientras vamos andando por la acera.

Para un hombre de mi envergadura, seguir los pequeños pasos de un hombrecillo que no llega al metro setenta de altura es todo un logro y, sin embargo, aquí estoy, controlando mi impaciencia y el impulso de cargármelo sobre el hombro para llegar antes a nuestro destino.

Miro a mi alrededor con satisfacción.

Gansevoort Street es una calle de una sola dirección, pero es amplia y luminosa, tal vez porque muchos de los edificios son bajos, algunos de tan solo dos o tres alturas. La acera está salpicada de árboles y se ve a mucha gente paseando. Además, la mayoría de los negocios se encuentran en buen estado y los que no parece que están en obras para remodelarse, señal de que la zona es próspera.

—Tiene suerte, este distrito se ha puesto de moda y tiene mucha vida —prosigue diciendo el señor Campbell confirmando mis observaciones.

Cuando me llamó hace dos semanas para notificarme el fallecimiento de Angus MacLeod, un hombre que ni siquiera sabía que existía, no sentí ninguna tristeza. Todo lo contrario, cuando me comunicó que yo era el único heredero de su fortuna, me llenó de una intensa satisfacción, pues pensé que se me estaba ofreciendo una segunda oportunidad.

No dudé en dejar atrás mi vida en Dunvegan, un pueblo costero de menos de trescientos habitantes situado en la isla Skye, en las Highlands de Escocia, y volar a Nueva York, dispuesto a recibir la herencia de mi tío abuelo: un pequeño edificio en Manhattan.

El hombrecillo se detiene de repente.

—Ya hemos llegado —anuncia cabeceando hacia la fachada que tenemos delante.

Sigo con los ojos la dirección que me señala y la ligera sonrisa de ilusión que me ha acompañado todo el camino se borra al instante.

—¿Es una broma? —musito al sentir que el nudo de mi estómago se deshace sobre la acera, como cuando se te cae a los pies la bola de helado que estabas deseando saborear.

—Ya le dije que estaba un poco destartado.

—Pero no sabía que estaba siendo tan generoso con esa descripción —mascullo al ver el estado de la fachada.

—La estructura no está tan mal como aparenta, pasó hace menos de un año la última inspección técnica, solo necesita un lavado de cara —alega el hombre en lo que supongo que es un intento por animarme—. Como verá, está compuesto por una planta baja en la que se sitúa el *pub*, una primera planta en donde se encuentra el apartamento de tres habitaciones y dos baños en el que vivía su tío abuelo y una segunda planta con otro apartamento similar que está alquilado en usufructo vitalicio a Isobel Ferguson.

Mientras el señor Campbell habla, mis ojos repasan de forma analítica la construcción de ladrillo caravista rojizo.

Está situada entre dos edificios más altos, por lo que parece un pequeño parche entre ellos. Tiene una marquesina metálica que en otros tiempos, sin duda, le proporcionó cierto encanto, pero ahora, por lo torcida que está, es un milagro que no se haya caído sobre la cabeza de alguien. Una escalera de incendios tan oxidada que dudo que sea estable recorre las cuatro ventanas que hay en cada piso y desemboca en un estrecho callejón que separa la pared izquierda del edificio que tiene al lado. Me asomo y veo que es una bocacalle sin salida en el que solo hay una puerta; un par de contenedores y, al fondo, un montón de cajas de cartón entre las que distingo los pies de lo que a todas luces es un indigente.

Encantador.

—¿El que hizo la inspección no vio peligro en eso? —inquiero con una ceja arqueada señalando hacia la marquesina.

—En este último invierno ha habido varias tormentas fuertes —comenta el abogado para explicar su precariedad.

Gruño en respuesta.

La fachada del *pub* está cubierta por grafitis y carteles publicitarios antiguos de películas, series y conciertos. Es de unos seis metros de ancho y tiene una puerta central doble que está reforzada con una reja plegable de hierro, y dos amplios ventanales, uno a cada lado, tapiados con maderas clavadas, como si alguien hubiese querido protegerlos de roturas.

El letrero que hay sobre la puerta está descolorido, descolgado y es casi ilegible, pero después de algo de esfuerzo consigo descifrar lo que pone: MacLeod's Scottish Pub.

En el extremo derecho de la fachada hay un rellano de un metro de profundidad con una puerta de un vívido color azul que parece bien mantenida y limpia.

—Por ahí se accede a las escaleras que llevan a los dos apartamentos —explica el señor Campbell—. ¿Qué prefiere

ver primero?, ¿el *pub* o la parte arriba?

—Comencemos por abajo —respondo, pues es lo que me despierta más curiosidad y expectativa.

El abogado asiente, saca un llavero y manipula el candado que cierra la verja de la puerta del local hasta que consigue abrirla con un fuerte chirrido. Seguidamente, accede al pequeño descansillo de un metro de profundidad en el que está la puerta francesa doble. La madera parece en buen estado, sin embargo, varios de los cristales rectangulares que la componen están rotos. Y, aunque el color está un poco desvaído, se puede adivinar que en otros tiempos fue de un vibrante azul, del mismo tono que el de la puerta de acceso a los apartamentos.

Después de abrir, los dos accedemos al inmueble.

La luz que entra del exterior descubre un montón de motitas de polvo que flotan a nuestro alrededor. Lo primero que percibo es el olor a cerrado, tan denso que cuesta respirar y despierta recuerdos indeseados que me provocan un sudor frío en la piel. Sin embargo, en cuanto el señor Campbell activa las luces, olvido todo y mi atención se centra en lo que me rodea.

Es como si, de repente, me hubiese teletransportado a un viejo *pub* de la Escocia más profunda.

El techo tienes unos tres metros de altura, es de un color parduzco que deduzco fue en el pasado de un tono crema y está atravesado por vigas de madera oscura cada metro y medio.

Las paredes se encuentran recubiertas en la mitad inferior por molduras de madera y en la mitad superior por un papel pintado adamascado, que en algunos puntos parece descolorido o despegado.

El suelo es de madera de roble, pero está deslucido; necesita un buen cepillado y barnizado para devolverle el lustre.

En la pared de la izquierda está dispuesta la barra de unos cinco metros de largo, una impresionante pieza de

madera labrada con nudos celtas y con una encimera de mármol veteadado color crema. Una decena de grifos de cerveza de cobre se alzan sobre ella con un bonito diseño *art nouveau*. Detrás, la pared está cubierta de estanterías con el fondo de espejo, aunque no contienen más que una decena de viejos botellines de cerveza. En el centro hay una columna de un metro de ancho aproximadamente con un reloj de pared y, bajo él, lo que parece un poema enmarcado.

*Should auld acquaintance be forgot,
And never brought to mind?
Should auld acquaintance be forgot,
And auld lang syne!
For auld lang syne, my jo,
For auld lang syne.
We'll take a cup o' kindness yet,
For auld lang syne.^[1]*

Robert Burns, 1788

Reconozco el nombre del autor, es uno de los más famosos poetas escoceses del siglo XVIII, y también reconozco esos versos, pues han sido utilizados en la famosa canción *Auld lang syne*, una especie de himno que se suele cantar en despedidas, funerales y, también, en Año Nuevo.

Auld lang syne.

Por los viejos tiempos.

Una frase que destila nostalgia.

Veo una puerta al lado de la barra, al fondo, y me acerco a abrirla. Es un almacén de unos veinte metros cuadrados lleno de estanterías vacías. En un lateral tiene otra puerta que deduzco que es la que conduce al callejón.

Prosigo mi inspección y mis ojos van a la pared de la derecha, en donde están dispuestas seis mesas separadas

por sofás dobles que crean pequeños reservados para unas ocho personas cada uno.

Encima de ellas, colgado en el centro de la pared, está el blasón de los MacLeod formado por un toro con dos banderas, una a cada lado de los cuernos. Sobre él, el lema del clan: *Hold fast*.

Aférrate con fuerza.

Algo que yo nunca he hecho, pues tiendo a desprenderme de todo con facilidad, tal vez porque todavía no he encontrado nada que me importe lo suficiente como para luchar por conservarlo.

Miento.

Una vez me importó una persona tanto como para pelear por ella.

No volveré a cometer ese error.

Sumido en mis pensamientos, continúo observando lo que me rodea.

En medio del local hay dos anchas columnas que también han sido habilitadas como pequeñas barras de madera y tienen algunos taburetes y, al fondo, se ve una mesa de billar y una diana.

De repente, la luz de las lámparas estilo *steelpunk* empieza a titilar, lo que me hace sospechar que la instalación eléctrica necesita una reforma y, muy posiblemente, también la fontanería. Por no hablar de la capa de polvo y telarañas que parece recubrir todo.

—El *pub* lleva casi veinte años cerrado. Puede que necesite un poco de limpieza y algunos arreglillos —comenta el señor Campbell con una sonrisa blanda.

Lo fulmino con la mirada.

¿Algunos arreglillos?

Al menos, espero que la tal Isobel Ferguson pague una buena renta que me ayude con los gastos para ir reformando el local, porque con mis ahorros no voy a poder cubrir todos los costes. Conseguí algo de dinero vendiendo la vieja casa que heredé de mi bisabuelo y la pequeña cerve-

cería que estaba en una construcción anexa, pero para poner en marcha esto necesitaré más. Me he estado informando de los alquileres de la zona y por un apartamento de tres habitaciones aquí se puede llegar a pedir con facilidad tres mil dólares al mes.

—¿Cuánto paga de alquiler la señora Ferguson?

—Un dólar.

—¿Perdón?

El señor Campbell retrocede un paso al ver mi expresión. No me extraña. Espero haber oído mal lo que acaba de decir o no respondo de mí.

—Un dólar —repite con voz temblorosa—. Debe entender que Isobel Ferguson fue como una hija para su tío abuelo. Ella fue la que lo cuidó en sus últimos meses de vida cuando estaba tan débil que no se podía levantar de la cama.

Esta revelación aplaca mi ira al instante. Si mi tío abuelo decidió agradecer las atenciones de esa mujer cediéndole el apartamento, sus razones tendría. Después de todo, ¿quién soy yo para discutir la última voluntad de un hombre al que no conocí?

Mi última esperanza es que, junto a este edificio, también vaya a recibir una sustanciosa suma económica.

—¿De cuánto dinero dispongo?

—¿Me está preguntando cuánto dinero tiene en su propia cuenta? —inquire el hombrecillo confuso.

—No, lo que quiero saber es cuánto dinero me ha dejado mi tío abuelo.

El abogado coge la carpeta que lleva en la mano y pasa varias hojas hasta dar con la que está buscando. Cuando me revela el importe, estoy a punto de soltar una jodida carcajada de júbilo, la primera en muchos años, hasta que le oigo proseguir...

—Pero, descontando impuestos y las últimas facturas médicas, siento decirle que debe un total de quince mil dólares.